

LA TERCERA JUVENTUD DE HAROLD GARFINKEL: UNA NUEVA INVITACIÓN A LA ETNOMETODOLOGÍA*

A. Javier Izquierdo
(Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UNED)

RESUMEN

Nacida, como suele afirmarse, de la implosión de los paradigmas teóricos dominantes en la academia sociológica ocurrida durante la década de 1960, la etnometodología, la ciencia práctica de la vida ordinaria, se presenta como un verdadero “alternativo asimétrico inconmensurable” del análisis sociológico formal, sea éste crítico o positivo. Sin embargo la versión teoricista canónica de la investigación etnometodológica que prevalece en la academia sociológica internacional desde hace ya casi cuatro décadas ha quedado completamente enfangada, estancada por tanto, en los absurdos dilemas pseudo-filosóficos puestos de moda por la teoría sociológica contemporánea (estructura/acción; micro/macro; objetivismo/subjetivismo; modernismo/posmodernismo; positivismo/criticismo; etc.). Tomando como hilo conductor los últimos trabajos publicados de uno de los padres fundadores de la etnometodología, el sociólogo estadounidense Harold Garfinkel, este artículo quisiera ofrecer, en la forma de un retrato más preciso y actualizado de algunas de las provincias más prominentes de su corpus bibliográfico, una “Nueva invitación a la Etnometodología”.

ABSTRACT

Born, as it is usually stated, from the implosion of the theoretical paradigms dominant in academic sociology occurred in the 1960s, ethnomethodology, the practical science of ordinary life, presents a real “incommensurable asymmetric alternate” to either positive or critical formal sociological analysis. Nevertheless, the canonical, theoretical version of ethnomethodological research, that prevails in the international sociological academy since more than forty years, is almost completely swamped, and thus stagnated, in the preposterous pseudo-philosophical problems (structure vs. action; micro vs. macro; objectivism vs. subjectivism; modernism vs. post-modernism; positivism vs. critical theory; etc.) fashioned by contemporary sociological theory. Referring to the most recent works published by one of the «fathers» of the ethnomethodology, the US-american sociologist Harold Garfinkel, the present article is a proposal for a «new invitation to ethnomethodology» as it tries to present a more precise and updated portrait of some of the most promised aspects of its bibliography.

* El autor desea expresar su agradecimiento a Carlos Moya y Javier Callejo por su incondicional “apoyo crítico” a esta empresa sociológica

Cuanto menos se mire como con la boca abierta la cosa martillo, cuanto mejor se la agarre y se la use, tanto más original se vuelve el atenderse a ella, tanto más desembozadamente se hace frente a ella como lo que es, como un útil. [...] El más agudo dirigir la vista al "aspecto", sea éste o aquel, de las cosas, si es "no más que" un dirigir la vista al "aspecto" de éstas, no es capaz de descubrir lo "a la mano". El simple dirigir la vista "teóricamente" a las cosas carece de la comprensión del "ser a la mano". Pero el "andar" manipulando y usando no es ciego, tiene su peculiar forma de ver, que dirige el manipular y le da esa específica adaptación a las cosas que posee.

(Heidegger, 1971 [1927]: 82-83)

1 Introducción

Trazada a muy grandes rasgos, la línea genealógica de la reflexión sociológica académica sobre la cuestión del profesionalismo como eje central del modo de diferenciación compleja y organización descentralizada de las sociedades modernas, que incluiría también en lugar destacado modelo corporatista de integración social desarrollado por Durkheim (*De la división del trabajo social*, 1902), tiene como hito mayor la formulación de la teoría weberiana del profesionalismo (*Beruf*) como eslabón perdido entre la sociedad capitalista y la teología cristiana (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1912). Los escritos de Weber sobre la profesionalidad como religión secular y almacén normativo de uso común influirán luego notablemente, durante la primera mitad del siglo XX, en la formulación de una teoría del orden social de carácter explícitamente normativo (moral) en la sociología de la acción de Parsons (*Hacia una teoría general de la acción*, 1951, con Edward Shils, y *El sistema social*, 1951). También es de inspiración weberiana la fenomenología de la acción y de los mundos sociales de Alfred Schütz (*El problema de la realidad social*, 1962, y *Estudios sobre teoría social*, 1964). Del conflicto entre la teoría científica de la acción social de Parsons y los trabajos de Schütz sobre la metodología investigadora implícita en la acción social ordinaria, surgirán, a principios de la década de los 1960, una serie de investigaciones concretas sobre la *haecceity* singular del profesionalismo sociológico llevadas a cabo por Harold Garfinkel y sus varias generaciones de alumnos.

El problema con Garfinkel -además de su horripilante forma de escribir- es que su nombre va instintivamente aparejado, en la memoria colectiva de la academia sociológica internacional, a ese cómico, inquietante oximorón académico que es la "etnometodología". Pero aunque asociable y reiteradamente asociada, en las mentes de muchos sociólogos académicos que comenzaron su carrera profesional en la década de 1970, a una larga retahíla de "-ismos" académicos (fenomenología social, sociología de la vida cotidiana, interaccionismo, microsociología, constructivismo, postmodernismo, etc.), la etnometodología garfinkeliana, presentada inicialmente en sociedad, a principios de la década de 1960, como el estudio científico de las actividades ordinarias consideradas en tanto que actividades metódicas, reclama, cuatro décadas después, una definición inversa de aquella. Esto es, el programa de la etnometodología se ofrece hoy como un cuerpo de estudios

de la práctica científica considerada en tanto que actividad de descubrimiento de los procedimientos metódicos de la vida ordinaria.

2 Estudios híbridos del trabajo

La cuestión de qué sería una explicación y qué aspecto tendría viene a ser una pura aventura. Uno construye algo e intenta ver, '¿Se parece a lo que quiero que se parezca?' Y construyes formas de decidir si se parece o no, y si sigues o paras. Eso puede parecer terriblemente subjetivo. Pero sólo lo es históricamente, en el sentido de que si se llega a tener una profesión en marcha, entonces el tener la profesión en marcha lo implica, es decir, tiende a definir qué es 'la objetividad' para sí misma. (Sacks, 2000: 93)

Al objeto de recordar que, además de una actividad profesional especializada, la investigación social es también una actividad "ordinaria", esto es, una característica endógena o propia de los diferentes campos / objetos de estudio definidos por la ciencia social, nada resulta tan útil como la llamada etnometodología, una línea de investigación radicalmente "radical" sobre los procedimientos rutinarios de comunicación verbal (métodos conversacionales) y escrita (métodos documentales) que substancian el conocimiento de sentido común de las estructuras sociales de la vida cotidiana. El programa de este cuerpo de investigaciones fue esbozado inicialmente por el sociólogo estadounidense Harold Garfinkel en una serie de trabajos publicados entre fines de la década de 1950 y principios de los 60, cuyas fuentes originales de inspiración teórica (leasé también: legitimación académica) -principalmente, la fenomenológica social de Alfred Schütz y el pragmatismo lingüístico del segundo Wittgenstein- se renovaron años más tarde con el añadido de una extraña mixtura de "cosas sociales" durkheimianas entendidas, a la manera heideggerianas, como "cosas" a secas (véase más abajo).

Es bien sabido que la ejecución de gestos ordinarios como "mirarse a los ojos", "dirigirse a alguien" o "dar la espalda a alguien", está tan absoluta y radicalmente "chupada" para cualquier persona en posesión de capacidades físicas normales, que lo normal es que, en circunstancias normales, ninguna persona normal se moleste en preguntarse cómo es posible que sea capaz de llevarlas a cabo con éxito. Esta es la razón por la que el programa de estudios etnometodológicos sobre el discurso y la acción práctica tenga como una de sus recomendaciones investigadoras más originales lo que Garfinkel denomina "usos heideggerianos" de las discapacidades. A saber: desde el punto de vista de la investigación etnometodológica, discapacidades físicas de grados de severidad variable, como distintos tipos de ceguera, sordera, o parálisis, tienen la virtud de funcionar como un "entorno transparente" (*perspicuous setting*) para la observación minuciosa de la vida social, esto es, como un instrumento con el que poder dar cuenta, con una precisión analítica lejos del alcance de sistema experto informático alguno, de la infinita densidad de detalles constitutivos de la vida ordinaria (Garfinkel, 2002b).

Vaya aquí, como botón de muestra inicial del tenor "literario" de estas investigaciones, un extracto del estudio modélico de Albert Robillard, uno de los alumnos de Garfinkel, sobre las minucias de la vida cotidiana, resaltadas a la luz de una enfer-

medad altamente incapacitante. Robillard, que ejerce como profesor universitario e investigador en un departamento de sociología de una universidad americana, padece una enfermedad degenerativa (*Esclerosis Lateral Amiotrófica*) que le ha paralizado prácticamente todos los músculos de su cuerpo, hasta el punto de que sólo puede comunicarse mediante un sistema de signos ejecutado con leves movimientos de los músculos labiales. En el párrafo que reproduzco a continuación describe cómo se las arregla para realizar una operación ínfima, característica de la vida diaria en un campus universitario, como es “intentar entablar una conversación con una persona conocida, un colega o un alumno”:

“Cuando quiero hablar con alguien se precisa la implicación de un mínimo de tres personas. En primer lugar, la persona que empuja mi silla de ruedas. En segundo lugar, la persona o personas con las que quiero interactuar. Y finalmente, yo mismo, sentado en mi silla de ruedas, sin capacidad alguna de movimiento excepto un ligero balanceo de cabeza. Surgen siempre un montón de obstáculos cuando yo u otros queremos hablar. [...] Los tres implicados en la tarea -el que empuja mi silla, el sujeto a quien me dirijo y yo mismo- debemos ejecutar y reconocer, y por tanto preparar, una serie de signos mutuamente interpretables que informan de que deseo establecer una conversación. Algunas personas pueden leer mis ambiguos signos de salutación y petición. Se trata por lo general de estudiantes y becarios, o bien de miembros de mi familia, que han sido entrenados para leer en los movimientos periféricos de mis labios un lenguaje de signos ad hoc y que pueden comprender los cambios en mi postura y mirada. [Pero] lo que ocurre con más frecuencia es que algún tercero que se halle casualmente frente a mí, y sea por tanto capaz de leer en mi cara y en mi mirada, le diga a la persona a la que quiero dirigirme y a la persona que empuja mi silla de ruedas que quiero hablar. Por lo general, el que me empuja, al estar detrás de mí, concentrado en las contingencias de la tarea de empujar una silla de ruedas con un centro de gravedad un tanto alto, es el último en enterarse de que quiero hablar.”

(Robillard, 1999: 87-89)

Si tratásemos de saber qué sea la etnometodología desde el punto de vista hipotético de su “naturaleza disciplinar”, podría afirmarse que, en tanto que disciplina, la etnometodología sigue esgrimiendo, en el marco de la auténtica “conversación de besugos” que mantiene desde hace ya más de tres décadas con la teoría sociológica y los estudios culturales, el tan estudiadamente impertinente aunque ya no tan odioso “silencio interminable” que mantuviera en su momento el sociólogo Harvey Sacks -alumno y colaborador de Garfinkel que inició el análisis etnometodológico de los procedimientos conversacionales ordinarios- ante la pregunta del millón en el juego de la sociología académica: “¿Quién es el teórico social que más ha influido en su obra?”

Y sin embargo el diálogo in situ e in vivo entre los etnometodólogos y los profesionales de la ciencia social de cualquier género no ha dejado de intensificarse durante los últimos dos decenios. Desde equipos de astrónomos que charlan sobre los posibles artefactos y los posibles descubrimientos que pudieran haber en las “observaciones de la otra noche” (Garfinkel, Lynch y Livingston, 1981), a controladores aéreos que desplazan nerviosamente su mirada de la pantalla de

video a la ventana “del ordenador” para acabar mirando por la ventana “de la pared izquierda” (Suchman, 1993); amas de casa que resuelven las más difíciles ecuaciones simultáneas no lineales mientras conducen el carrito de la compra a través de los pasillos del supermercado y miran los estantes repletos de productos y marcas diferentes, psicólogos escolares pertrechados tras la jerga tecnológica de los tests de inteligencia para hacer frente a las interrupciones de los demás miembros de un comité sobre discapacidades escolares (Mehan, 2001), oceanógrafos, geoquímicos y marineros trabajando en colaboración a través de pantallas informáticas y altavoces de sonido para desplazar un complejo y carísimo instrumental de sondeo submarino hacia áreas de muestreo “interesantes” (Goodwin, 1995); o, en fin, encuestadores telefónicos distribuyendo en paralelo estrechas franjas de atención y memoria entre los destellos de la pantalla, el tacto del teclado, el sonido de la voz del encuestado y el “tacto” requerido por la situación de encuesta telefónica (por ejemplo, para responder cortésmente a la carcajada del entrevistado sin dar por ello pie a que la entrevista se convierta en una conversación informal) (Lavin y Maynard, 2002).

Pero no fue hasta principios de la década de 1980 cuando, prácticamente agotados los últimos ecos de aquel “verano del amor” californiano en el que la etnometodología llegó a encarnar para algunos la perfecta forma de “ciencia social para hippies” (“peculiar forma californiana de irracionalidad sesentera” como la denominó el antropólogo inglés Ernest Gellner [1975]), Garfinkel comenzó a exponer en público los hallazgos preliminares del “segundo momento” de su programa etnometodológico bajo la etiqueta de estudios etnometodológicos del trabajo (Garfinkel, 1986):

“[E]l objetivo [de los estudios etnometodológicos sobre el trabajo] es describir en detalle las prácticas sociales naturalmente organizadas que, al igual que las observaciones de las ciencias naturales, pueden reproducirse, contrastarse y valorarse, y que constituyen la base de estudios y conjeturas de tipo naturalista. Su carácter revolucionario estriba en el hecho de que antes de que Garfinkel formulara el problema nadie se había propuesto describir en profundidad los rasgos constitutivos de las actividades laborales ordinarias.”

(Heritage, 1990: 340).

“[Los estudios etnometodológicos del trabajo] exhiben una singular preocupación por la producción local y la observabilidad cotidiana del razonamiento. Esto significa que el razonamiento se hace visible mediante ordenaciones de detalles explicables intersubjetivamente: en el orden de las expresiones orales de las diferentes partes de una conversación, en el orden de composición de los materiales manipulados en la mesa del laboratorio o en el orden transitivo de los materiales escritos en una página de texto. Los estudios etnometodológicos intentan elucidar estas estructuras por referencia a su uso como dominios mundanos de ‘consciencia’, como ‘estados’ mnemónicos, temporales, de proyectos razonados y como cursos observables de movimiento corporal dirigido [oriented].”

(Lynch, Livingston y Garfinkel, 1995: 164).

Interpretada desde el punto de vista académico, esta postrer propuesta programática de los estudios etnometodológicos avanzaba una crítica radical de la literatura de investigación sociológica al uso sobre la organización profesional del trabajo. Lo que Garfinkel proponía ahora era, en resumidas cuentas, lo siguiente: rescatar del olvido sociológico los “qués olvidados” (missing whats) de la vida social, explorando la “que-idad” (quiddity) de cada práctica laboral singular, o más exactamente su cualidad de ser “justamente esto” -su “ecciedad” o “este-idad” (haecceity). En escritos publicados durante los últimos veinte años del siglo pasado, en los que ha ido exponiendo de una manera que cabe definir como “laberínticamente progresiva” las líneas maestras de su cada vez más exigente programa investigador, Garfinkel ha apuntado cual puede ser el ambicioso objetivo final que persigue su programa de estudios etnometodológicos del trabajo: convertir cada uno de los diferentes proyectos de investigación sociológica iniciados por la segunda y la tercera generación de sus alumnos de doctorado en un abanico de “estudios híbridos del trabajo” (*hybrid studies of work*):

“Garfinkel ha sugerido la posibilidad de hibridar la etnometodología con otras disciplinas (matemáticas, ciencias naturales, estudios legales, etc.), con el fin de que el ‘producto’ de la investigación no tome la forma de un reportaje sobre práctica exóticas, sino que consista en un esfuerzo para desarrollar disciplinas híbridas en las que los estudios etnometodológicos de, por ejemplo, el trabajo de los abogados, pueda contribuir a la investigación legal misma.”

(Lynch, 1993: 274).

Uno de los elementos más destacados en el marco programático de los estudios etnometodológicos del trabajo es la propuesta de un procedimiento exclusivo de validación para certificar el carácter “único y específicamente adecuado” de las cualificaciones investigadoras que precisa la correcta realización de estos estudios. El procedimiento en cuestión es tan sencillo en su formulación como difícil es su cumplimiento: se trata de una única prescripción teórico-metodológica que exige que estos procedimientos sean adecuados única y exclusivamente para investigar este objeto del que se trata y solamente éste. Garfinkel denomina a este procedimiento de validación “requisito de adecuación única de los métodos” (*unique adequacy requirements of methods*).

“[De acuerdo con Garfinkel] para ser capaz de recuperar una “ciencia distintiva de la acción práctica” en la “completitud de sus contenidos distintivos técnicos y materiales”, los etnometodólogos deberían situar sus investigaciones en los detalles identificadores de cada ciencia objeto de estudio. Sus descripciones y formulaciones analíticas necesitarían por ello apoyarse sobre aquellos detalles a la vez en tanto que temas y en tanto que recursos, y no existiría brecha, frontera o discontinuidad alguna entre un análisis adecuado en este sentido y el lenguaje y la maestría práctica de los miembros de la ciencia objeto de estudio. El etnometodólogo no “entraría” en la disciplina a estudiar para poder luego “volver” con un mapa cognitivo u otra representación de la cultura, puesto que ningún mapa estaría nunca lo suficientemente completo como para recobrar los detalles escénicos implicados en una lectura competente cualquiera de los rasgos semióticos del mapa. Por tanto, lejos de entre-

gar la inmensa constelación de detalles de los que consta en la práctica un lugar de trabajo concreto, la única información singularmente adecuada que puede hacer llegar a la profesión sociológica sería una especie de disculpa al respecto “Lo siento, tendrías que haber estado allí.”

(Lynch, 1993: 276).

En contra de la práctica convencional de circunscribir los resultados de una investigación sociológica a la escritura de informes académicos sobre prácticas exóticas, en los campos de prácticas híbridos el uso de las técnicas de observación y descripción etnometodológica de las prácticas sociales en “alternancia asimétrica” (véase más abajo sobre ésta expresión) con las técnicas y rutinas de trabajo vernáculas de diferentes profesiones, tendría como fin llegar a hacer contribuciones relevantes al acervo metodológico-tecnológico de diferentes dominios autónomos de práctica profesional.

En una de las más recientes reformulaciones de su programa de investigación, Garfinkel ha definido la etnometodología como una estrategia de “re-especificación” de los problemas fundamentales de la teoría filosófica y sociológica del conocimiento (orden, racionalidad, lógica, método, significado, etc.) como “fenómenos sociales” o “prácticas de producción de orden” susceptibles de investigación empírica (Garfinkel, 1991). La respecificación garfinkeliana no es otra cosa que una “inversión pragmática” del par metodológico clásico objeto investigado / recurso investigador (topic / resource) con la que se pretende señalar, por un lado, el hecho de que los discursos metodológicos sobre actividades de investigación científica son incapaces de mostrar el hecho absolutamente real de su propia eficacia. Y, en consecuencia con esto, que la realidad y la eficacia de la investigación científica sólo pueden hacerse ver cuando los métodos y las categorías de análisis de la realidad social son considerados simultáneamente como objetos empíricos susceptibles de ser descubiertos por el investigador únicamente desde el interior de su actividad y bajo la forma de procedimientos rutinarios, esto es, “comunes y corrientes”. Por definición, este tipo de investigación que, siguiendo a Garfinkel puede denominarse el alterno etnometodológico del análisis formal ha de prescindir de a priori analíticos y limitarse a describir detallada y razonadamente como se usan en contextos concretos métodos de investigación concretos (Lynch y Bogen, 1996).

En este sentido, y siempre según Garfinkel, la redacción de los informes de investigación etnometodológicos debe ser equivalente e intercambiable con la redacción de un “manual de instrucciones” que posea plena utilidad como “guía de trabajo” para personas de verdad en entornos laborales de verdad:

“La enseñanza etnometodológica útil para el estudio del trabajo y las ocupaciones... requiere un énfasis especial en las propiedades indexicales inevitables e inerradicables que debe poseer una descripción adecuada del trabajo, etc. Requiere también atender a la adecuación única de la competencia del analista/practicante como requisito para validar pragmáticamente la descripción de los métodos de trabajo. Esto implica mantenerse indiferente respecto al analista trascendental y prescindir del observador universal. Las “descripciones etnográficas” así realizadas dan cuenta de las “relevancias” específicas del lugar de trabajo, las cuales consisten en la coherencia en curso,

ocupacionalmente específica, instruiblemente observable e instruiblemente reproducible de detalles fenoménicos ordenados de estructuras. El verdadero blanco del remedio experto es el hecho de la teorización representacional, al que sustituye por el fenómeno mismo como origen y fuente del problema.”

(Garfinkel, 2002a: 133).

Los conceptos de “parejas del mundo de la vida” (*Lebenswelt pairs*) y “pares alternos asimétricos inconmensurables” (*incommensurate assymetric alternates*) son empleados por Garfinkel y sus estudiantes para dar cuenta de la diferencia que existe entre (1) elemento documentable o analíticamente recuperable de una práctica, que llamamos su “contenido” y que sólo agota las dimensiones formalizables o calculables de su descripción, y (2) el elemento formalmente irrecuperable de una práctica, que llamamos su “curso”, en cuya descripción se contienen tanto las dimensiones formales como las dimensiones tácitas o informales de la misma. Los dos elementos guardan entre sí una relación asimétrica por cuanto el contenido final de una práctica se haya siempre completa y perfectamente documentado en el curso de acción, pero ninguna descripción del resultado o producto final de una práctica nos permite conocer los detalles del trabajo que fue necesario para producirlo.

El ejemplo por excelencia aquí es el de la brecha que separa el acto de escritura que da origen a un documento y las propiedades formales, lingüísticas y semióticas del documento en cuestión. Stacy Burns, alumna y colaboradora de Garfinkel en el departamento de sociología de la Universidad de California en Los Ángeles, hizo una grabación de vídeo para mostrar en detalles la existencia de esta brecha (Lynch, 1993: 289-290). Burns grabó una cinta de vídeo en la que se ven las manos de una mecanógrafa posadas sobre el teclado de una máquina de escribir electrónica mientras se oye simultáneamente su voz ofreciendo un comentario de “lo que está haciendo” a medida que compone el texto. El vídeo muestra cómo el documento mecanografiado va desplegándose sobre una hoja de papel situada en el carro de la máquina mientras los dedos de la mecanógrafa golpean una secuencia de teclas, tachan, separan un párrafo o se detienen a medio camino entre dos letras mientras la mecanógrafa piensa en voz alta qué hacer a continuación. De este modo la cinta de vídeo muestra un “par” distintivo de documentos inteligibles: (1) una secuencia de vídeo que registra el desarrollo del proceso de mecanografiado, con sus dudas y comentarios, en “tiempo real”; y (2) una página mecanografiada que puede ser leída, copiada, y analizada de forma independiente, al margen de la secuencia en tiempo real de su mecanografiado. Los rasgos analíticos del texto no documentan las específicas “dudas”, “interrupciones” y “segundas opciones” que la cinta de vídeo hace manifiestas. Ambos documentos están por tanto en una relación de alternación asimétrica: un documento (la secuencia de vídeo) permite recuperar el otro (la página de texto), pero lo contrario no es posible: el campo de análisis que nos ofrece el texto escrito no conserva ya rastro alguno del surplus de detalles del mecanografiado.

El descubrimiento etnometodológico de los “pares alternos asimétricos inconmensurables” como estructura fundamental de la acción práctica le permite también dar praxeologicamente cuenta del modo específicamente asimétrico como coexisten temporal y profesionalmente la sociología y la etnometodología. El argumento, intrincado aunque perfectamente inteligible, es más o menos como sigue (Garfinkel y

Wieder, 1992; Garfinkel, 1996): dada una descripción formal cualquiera de una estructura social cualquiera (eg. “el diagrama de flujo de un embotellamiento de tráfico”), como parte constituyente del corpus bibliográfico de los estudios sociológicos, es completamente posible producir un elemento “mellizo” dentro del corpus bibliográfico de los estudios etnometodológicos, esto es, un alterno etnometodológico que consista en lo siguiente: una descripción procedimental finamente detallada de una acción ordinaria (“conducir dentro de un atasco”) que pueda servir muy literalmente a una persona concreta inmersa en un contexto concreto de trabajo cotidiano (eg. el conductor de un coche que está metido en un atasco) de manual de instrucciones para llevar a cabo esa precisa actividad (“conducir dentro de un atasco”) en el interior de cuyo cumplimiento en tiempo vivido, real, todos y cada uno de los detalles singulares de la estructura social formal inicialmente considerada (el diagrama de flujo de un embotellamiento de tráfico) son plenamente recuperables como “subproductos representacionales” del razonamiento y la acción práctica. Sin embargo lo inverso no es cierto: el descubrimiento etnometodológico de los detalles constituyentes de los procedimientos de acción ordinaria (*details in structures*) no pueden ser recuperados como parte de la investigación sociológica sobre los detalles de las estructuras sociales (*details of structures*).

3 Orden social in vivo e *in situ*

Allí dónde la contextura situacional implica una “fuerte historia local” –por ejemplo, mis clases para alumnos de licenciatura, no sólo a lo largo de cada lección individual, sino a lo largo de todo un curso, se desarrollan de modo tal que la queja (“¿Por dónde nos andamos?”) adquiere de modo peculiar y aun de forma esencial el estatus de constituyente “omnirrelevante” de la lección (Garfinkel, 2002a: 244).

El programa de la etnometodología, tal como lo ha expuesto Garfinkel en su obra *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism* (2002), se erige sobre el praxioma (o existencioma) de que en la vida ordinaria no hay espacio para “tiempos muertos” (*there's no time out*). Esto es, no hay espacio teórico en el mundo para remediar lo que de irremediablemente contingente tiene la praxis real. Pero por otro lado Garfinkel sostiene también que una de las tareas centrales del programa etnometodológico se orienta “a la reforma de la razón técnica” (Garfinkel, 2002a: 93). Interpretada al pie de la letra y sacada fuera de su contexto subsiguiente esta afirmación parece chocar de frente, por ejemplo, con la conclusión que el autor de un fascinante estudio etnometodológico híbrido del trabajo de diseñar y escribir programas de ordenador para simular operaciones de cómputo ordinarias (Agré, 1997) extrae como corolario de su trabajo de hibridación de la informática y la etnometodología: “el verdadero objeto de la etnometodología son los métodos, punto, y no la reforma de las prácticas profesionales.” (Agré, 1998: 23, cursiva mía). Pero no hay en realidad contradicción alguna, pues el uso distintivo del sustantivo “reforma” en la formulación anterior de Garfinkel se explica en la continuación de la misma frase de este modo: “haciéndolo así [la reforma de la razón técnica] con el objeto principal de especificar el trabajo de las ciencias sociales y de las ciencias naturales como ciencias naturalmente explicables de la acción práctica y la razón práctica (*naturally accountable sciences of practical action and practical reason*).” (Garfinkel, 2002a: 93) Esta última

distinción, fundamental en el programa etnometodológico de Garfinkel, entre prácticas “clásicamente explicables” (*classically accountable*) y “naturalmente explicables” (*naturally accountable*), es objeto a su vez de una relevante explicación aclarativa por parte de la editora de la obra “pre-póstuma” de Garfinkel, la profesora de teoría sociológica Anne W. Rawls, según la cual

“los miembros implicados en la producción de órdenes sociales han de rendir cuentas en todo momento por lo que hacen y por como lo hacen. Pero existen diferentes niveles de rendición de cuentas o explicabilidad: la explicabilidad ante la cohorte poblacional presente en la escena en la que uno hace algo; y la explicabilidad ante la cohorte poblacional a la que uno entrega una descripción de lo que ha sido hecho. El análisis formal se ocupa solamente de la segunda, a la que Garfinkel llama “explicabilidad clásica”, mientras que la etnometodología se ocupa también de la primera. Si bien la atención de la etnometodología al segundo tipo de explicabilidad es también distintivamente diferente, por cuanto no reconoce la legitimidad que los métodos formales confieren a las descripciones.” (Rawls, 2002: 173, n. 2).

Los fenómenos, estrictamente definibles como de orden parapráctico, descubiertos por la etnometodología carecen de privilegio ontológico o epistemológico alguno: no existen sino como una subprovincia más del reino de la vida, a cuyas banales, humillantes servidumbres (“Alcánzame eso que yo no llego”) se someten plenamente.

3.1 “Cosas sociales”: el Durkheim de Heidegger

Si consideramos el prefijo griego pará-, que, según el diccionario de uso del español de María Moliner, “expresa a la vez las ideas de ajeno o exterior y próximo”, sus formas compuestas, como paradoja (de *pará* y *doxa*, opinión) o paranoia (de *pará* y *nus*, mente), refieren la “extrañeza” y el “absurdo” que pueden llegar a adoptar formas familiares como las opiniones o los pensamientos. El término “parapraxis” se refiere, entonces, a una tarea realizada, como si dijéramos, “por su borde exterior”: la labor es correcta, efectiva, bien hecha, etc. y a la vez “realmente extraña”, pues a quienes la llevan a cabo de ordinario les parece completamente “ridículo” y “absurdo” (*preposterous*) que alguien se halla “tomado la molestia” de llevarla a cabo con el único fin de demostrar que existe en esa forma de llevarla a cabo.

Un ejemplo específico y específicamente banal de fenómeno parapráctico descubierto por los estudios etnometodológicos del trabajo científico consiste en la existencia públicamente atestiguable, es más, “instruiblemente observable e instruiblemente reproducible” de lo que en la jerga de esta comunidad de práctica investigadora se conocen como pares del mundo de la vida (*Lebenswelt pairs*). Se trata de parejas de prácticas alternas, indisociables a la vez que asimétricamente inconmensurables entre sí, como por ejemplo: (1) la prueba escrita de un teorema matemático y (2) el trabajo situado y en tiempo real de “escribir la prueba con tiza y pizarra” (Livingston, 1986); o bien: (1) la secuencia de frases escritas que van apareciendo sucesivamente en el panel de diálogo de una fotocopiadora y que describen cómo hacer para hacer “fotocopias a doble cara” y (2) el trabajo corporal in vivo e *in situ* de leer entre líneas lo escrito en el cuadro de diálogo y convertirlo en “instrucciones a seguir” para hacer las copias correctamente a doble cara (Suchman,

1987); o bien: (1) la grabación en audio y video del trabajo de dar palmas acompasadas al ritmo estándar de un metrónomo y (2) el trabajo real in vivo e *in situ* de “darse el tiempo necesario” (*making the time we need*) para acompasar las palmas al tiempo en el que han de tener lugar, esto es, el tiempo que el metrónomo está marcando (*is marking*) (Garfinkel, 2002a: 150-153).

Las prácticas alternas que han sido descubiertas por los estudios etnometodológicos sobre el trabajo no son en modo alguno “propuestas teóricas” ni descripciones de otras realidades posibles, sino realidades atestiguables en sí mismas: cosas sociales únicamente experimentables como “cosas ordinarias”, por tanto, para hablar como Garfinkel, pública y rutinariamente observables, escuchables, palpables, que se pueden oler, degustar, presentir, etc. como cosas absurdamente banales, ridículamente evidentes, por tanto necesariamente “pasadas por alto” y aun exigiblemente “pasables por alto”, absolutamente “no interesantes” y a la vez, para cualquiera en cualquier momento específico en cualquier situación específica, absolutamente indispensables y específicamente ineludibles.

La etiqueta de “Sociología heideggeriana” ofrece una definición taquigráfica del proyecto de la etnometodología que considero muy propia, cuando menos como pie expositivo dentro de un contexto académico:

“¿Cómo se olvidó el ser, de dónde vino este olvido, dónde y con qué medios podrá el hombre recuperar la memoria? Estas tres preguntas, que son una sola, van a obsesionar a Heidegger y a dirigir su enseñanza y sus posiciones filosófico-políticas desde fines de los años veinte hasta su muerte.”

(Steiner, 1999: 101).

Garfinkel ha reformulado -y creo que en parte respondido tentativamente a las tres preguntas fundamentales de Heidegger en la forma del siguiente descubrimiento etnometodológico:

“Puede ser que en los detalles especificados de las dos tecnologías incommensurables de análisis que los estudios etnometodológicos han revelado, los etnometodólogos hayan caído en la cuenta de una cosa organizacional en y en tanto que la sociedad ordinaria, y con ella un vasto dominio de nuevos fenómenos organizacionales, a saber, el diseño, disponibilidad, gestión y presencia en el lugar de trabajo de métodos analíticos cualificados y cuidadosos -los estudios clásicos- que consisten en los detalles organizacionales de la sociedad ordinaria, y proporcionan a sus miembros justificaciones razonadas para descartar como falta de interés e irrelevante el trabajo vivido, concertado, inevitablemente encarnado, continuamente logrado en detalles de contenido específico que realizan realizar [*that make up making*] las cosas organizacionales más ordinarias del mundo. Estos fenómenos organizacionales, los más ordinariamente logrados del mundo, son cualesquiera posibles temas de lógica, significado, razón, método y orden. Todos ellos pueden ser hallados de nuevo y reespecificados como fenómenos de lógica razón, significado, método, etc. endógenamente facturados [*endogenously made*] y naturalmente explicables [*naturally accountable*].”

(Garfinkel, 2002a: 168).

Para introducir uno de los tópicos fundamentales que examina la obra del filósofo alemán Martin Heidegger, uno de sus más perspicaces hermeneutas, el filólogo, ensayista y crítico literario, George Steiner, tras citar la observación del propio Heidegger de que a la gran mayoría de los seres humanos, la pregunta por el ser se les presenta “en momentos de gran desesperación, cuando las cosas parecen perder toda su consistencia y se nubla su sentido”, examina el modo distintivo de ejemplificar que emplea Heidegger para hacer palpable el problema de la presencia del ser como un problema sensible, no analítico:

“En efecto, los sentidos son esenciales para entender esta ‘presencia del ser’, para nuestra aprehensión de un ser en ciertas cosas que no puede aislar ninguna disección analítica o relación verbal. Los ejemplos de Heidegger son a un tiempo banales y relevantes. ‘Oímos’ volar a un pájaro aunque estrictamente hablando el vuelo no sea ‘audible’; nuestro tacto distingue de inmediato entre el terciopelo y la seda, pero ‘en qué reside y en qué consiste el ser?’”

(Steiner, 1999: 104-105)

Compárese este modo de ejemplificar con la introducción que hace Garfinkel al tema etnometodológico de los “haceres sonoros” (*sounded doings*) en su exposición de una serie de ejercicios de entrenamiento sociológico (*tutorial problems*) que tienen como motivo el problema de los “teléfonos llamadores” (*summoning phones*), esto es, los diversos procedimientos metódicos (como la grabación audiográfica y la diagramación sobre papel) que empleamos para plasmar (*to render*) analíticamente las texturas sonoras francamente distintivas que somos capaces de discernir en el pitido emitido por un aparato telefónico cuando sabemos que la llamada “es para mí”, “es para ti”, etc. (Garfinkel, 2002a: 153-162)

Más aun: en una variación heideggeriana altamente pertinente aquí, Steiner introduce en su exposición del tema heideggeriano del olvido del ser el ejemplo “que, por desgracia, Heidegger casi nunca considera” de la experiencia musical (“La música proporciona a la mayoría de los seres humanos los momentos vivenciales más completos y más intensos que se puedan experimentar.” [Steiner, 1999: 105ss.]) La descripción pormenorizada del infinito abismo de detalles experienciales en que consiste la producción local endógena, esto es, la experiencia in vivo de “hacer” sonidos musicales coherentes, es presentada por Steiner en su más absolutamente radical originalidad pragmatogénica: “Si un imaginario habitante de otro planeta preguntara: “¿Qué es, entonces, la música?” Nosotros podríamos cantar una melodía o tocar con las cuerdas una pieza, y diríamos sin titubeo: “Esto es la música.” Y si después preguntara: “¿Qué significa”, la respuesta la tendríamos ahí, en forma contundente, dentro de nosotros, pero sería en vano que tratáramos de expresarla. Cuando a Schumann le hicieron esta pregunta, a propósito de una de sus obras, la tocó de nuevo.” (Steiner, 1999: 197). Pero ha sido el sociólogo David Sudnow, a la sazón alumno de Garfinkel, quien, en su prolija descripción de “los caminos” que va “tomando” y finalmente “encontrando” la mano del aprendiz de pianista durante el aprendizaje de la improvisación de melodías y piezas de jazz (Sudnow, 2001), ha llevado esta empresa distintivamente heideggeriana a su cima más alta, haciendo evidente al lector de su texto la existencia bien real y distinta del fenómeno de la “temporalidad vivida” que Alfred Schütz, el gran pionero de la sociología

fenomenológica, ya le había ofrecido “imaginar”. De este modo, allí donde Schütz pide al lector “imaginar”

“que el movimiento lento y el movimiento rápido de una sinfonía llenan cada uno un disco de doce pulgadas. Vemos en nuestro reloj que la ejecución de cualquiera de estos discos lleva unos tres minutos y medio. Es posible que esta circunstancia interese al programador de una estación de radio, pero no significa nada para el espectador. Para este, no es cierto que el tiempo vivido mientras escuchaba el movimiento lento haya sido de “igual longitud” que el que dedicó al rápido.”

(Schütz, 1974: 163)

Sudnow cuenta lo que le ha sucedido ahora al intentar interpretar al piano “una simple secuencia de no más de tres segundos de una improvisación de jazz que yo había estado escuchando durante años”:

“me pasé varias horas ocupado tratando infructuosamente de pillar cada uno de sus detalles para cantar los tonos uno por uno y pasar luego la secuencia cantada al teclado.”

(Sudnow, 2001: 19)

En fin, si tomamos como plausibles la hipótesis de que el descubrimiento heideggeriano-etnometodológico del enigma de la inconmensurabilidad radical entre las formas analítico-formales de la existencia y la producción *in vivo e in situ* de la experiencia del mundo tiene un ancestro absolutamente distintivo en el pensamiento griego presocrático, entonces tanto a la obra filosófica de Heidegger como a la obra sociológica de Garfinkel, pero sobre todo a ésta segunda, les sería, creo, aplicable “la instrucción al lector” con la que el filólogo Agustín García Calvo cierra los prolegómenos de su traducción castellana de los fragmentos recuperados del libro perdido de Heráclito.

“Pues de eso es de lo que se trata: de leer por las buenas los restos de ese libro como si no se hubiera escrito hace 2.500 años, en la época de Heráclito de Efeso y sus circunstancias sociales, sino que estuviera escribiéndose ahora mismo para ti, lector, según lo vas leyendo, y hablándote de las cuestiones eternas, que son las más actuales siempre y, cuanto más comunes, más de veras tuyas. Que bien pueden así confundirse actualidad con eternidad, pues, para la operación de la razón común, 2.500 años no son nada, y como ella misma oírás que dice, el Tiempo es un niño.”

(García Calvo, 1985: 28)

Pero si bien queda clara la notable influencia ejercida por la lectura de los ejercicios de anti-ontología “fenomenológica” y “existencialista” de filósofos como Husserl, Heidegger o Merleau Ponty, no es menos cierto que las habituales diferencias que percibe el lector entre el trabajo del filósofo -vgr. las “cosas” que escribe- y el trabajo del sociólogo -que consiste igualmente en escribir “cosas”- son, para el caso de los sociólogos “influenciados” por este tipo de filosofía, más aparentes que nunca:

“En *Recurrent Themes in the Study of Naturally Organised Ordinary Activities* (NOOA) [Temas recurrentes en el estudio de actividades ordinarias organizadas de modo natural] describo el uso de cosas organizacionales [organizational things]. Se trata de cosas heideggerianas. Aunque su uso se origina en los trabajos de Durkheim sobre los fundamentos materiales de la acción, no en los métodos de la filosofía fenomenológica. Bajo este supuesto los hechos sociales son reemplazados por facticidades sociales. Sea una facticidad, por ejemplo (Tarde [*Late*]). Se contemplarían las propiedades de facticidad (de Tarde) como apariencias localmente producidas [eg. “Llegas tarde”]”

(Garfinkel, 2002a: 239).

Al margen de que se haga una referencia, más o menos herética desde un punto de vista filosófico, al “pensamiento” de Durkheim a la misma “altura” que al de Heidegger, la “rareza”, desde el punto de vista no tanto estilístico como de “empiría literaria”, del fragmento anterior tiene que ver más bien con el hecho de hacer evidente al lector académico la cualidad diferencial fundamental de este trabajo, a saber encontrar el nombre propio de la “cosa” en cuestión y ponérselo:

“Nuestra atención sobre la encarnación irreductible de las actividades que exhiben el “razonamiento” mundano tiene un origen programático en los escritos de Merleau-Ponty (1962, 1968) y Heidegger (1962, 1967). Estamos fuertemente en deuda con las discusiones daimónicas de Merleau-Ponty sobre el “entrelazamiento” (1968) y con las magistrales exposiciones de Heidegger sobre la cuestión de “La Cosa” (1967). Ha quedado para los estudios etnometodológicos el empleo de la incipiente tematicidad de esas expresiones para descubrir e inventar el fenómeno localmente producido de orden en y en tanto que la sociedad ordinaria y mediante la identificación de las características de las actividades situadas empíricamente. Esta tarea ha sido algo más que un simple asunto de “aplicar la teoría a los hechos”, en tanto que ha exigido abandonar la tradición del filosofar, que dio a Heidegger y Merleau-Ponty un continuo punto de partida y de retorno, en una búsqueda de las variedades atestiguables de acciones prácticas que animan los temas del orden como logros no-literarios.”

(Lynch, Livingston y Garfinkel, 1995: 193, n. 6)

3.2 La dialéctica del instante y la eternidad como objeto singular de la investigación etnometodológica: tiempo de la explicación vs. tiempo del descubrimiento

El enigma, que en múltiples sentidos puede calificarse de “histórico”, de la temporalidad característica de las cosas sociales ha sido abordado de muy diferentes formas por las distintas disciplinas que componen el mapa de las ciencias sociales. La formalización matemática de series temporales de datos estadísticos de carácter económico y financiero ha sido una de las provincias investigadoras más productivas en este sentido (Mandelbrot, 1997). Un tratamiento diferente, menos conocido aunque no menos fructífero, de este más fundamental de los puzzle científicos ha sido característico de los estudios etnometodológicos sobre la eceidad del trabajo profesional.

Considerado desde el “interior” de una secuencia de actividad que se ha visto súbitamente abortada -eg. para los participantes de una conversación que se ve interrumpida de repente por el sonido del teléfono- puede afirmarse, al modo filosófico, que “el instante es una eternidad comprimida”. Pero para hacer sociológicamente interesante la hipótesis especulativa anterior sería erróneo afirmar, simplemente, que “los segundos son siglos comprimidos”. He aquí una primera muestra de lo que considero sería una planteamiento sociológico del tópico debate filosófico sobre temporalidad subjetiva o “duración” vs. temporalidad objetiva o “historia”:

“En una hora de navegación de rutina, un navegante moderno puede utilizar tecnologías que datan desde unos pocos años hasta muchos siglos... [Además,] como las tareas de la navegación las realizan juntas personas que poseen distintos niveles de competencia, gran parte del aprendizaje de la habilidad para navegar se produce durante la interacción. Este aspecto del desarrollo puede medirse en minutos.”

(Hutchins, 2001: 50)

Otro buen ejemplo del modo etnometodológico de abordar el problema de la temporalidad característica del orden social es el estudio de Harold Garfinkel y David Sudnow sobre el trabajo que lleva a cabo un profesor universitario que enseña química a los alumnos “en formato lección magistral” (Garfinkel, 2002c). Mientras asistían a una clase de química en la Universidad de California en Irvine, los etnometodólogos descubrieron un fenómeno característico y característicamente ordinario del trabajo de “dar clase a nivel universitario en formato lección magistral”: cómo responde el profesor a la pregunta “¿Por dónde nos andamos?” cuando ésta es formulada por un alumno de tal modo que interrumpe el transcurso normal de la exposición profesoral:

“Necesitamos documentar diferentes casos reales de la típica queja estudiantil =(¿Por dónde nos andamos?)= y examinarlos del modo más minucioso posible. =(¿Por dónde nos andamos?)= es una queja de que el profesor no le dice a la clase en qué punto de la lección de hoy se hallan. Luego la queja en cuestión es un elemento constituyente del conjunto =(La lección de hoy)= que consiste, en tanto contextura, en una “isla de orden en desarrollo”... A pesar incluso de la formalización del trabajo [de ordenamiento temporal] que operan los apuntes de los estudiantes, las varias relevancias que posee el elemento =(¿Por dónde nos andamos?)= son si cabe mucho más intensas que, por ejemplo, las del ‘estado presente de la partida’ para el caso de un juego de ajedrez doble ciego.”

(Garfinkel, 2002c: 243-44)

El fenómeno de orden social consiste aquí en lo siguiente: al hacer referencia al contenido lectivo de este “instante presente” (“¿Por donde nos andamos?”) de la clase, se logra llamar, de golpe, la atención sobre el conjunto global de la lección, el tema, el curso, la carrera, etc. Esta técnica natural de “ruptura” o “problematización” del orden rutinario de la lección hace evidente a los presentes en el aula un hecho tan innegable como carente de interés (y en este sentido valdría decir “preconsciente” y no tanto “inconsciente”): el hecho de que la ausencia de referencias al momento presente es un fenómeno característico del “transcurso normal” de una clase.

Por su parte, Lynch, Livingston y Garfinkel, en su repaso de los estudios etnometodológicos sobre la organización temporal del trabajo de laboratorio, glosan algunos de los descubrimientos prácticos obtenidos por Friedrich Schrecker, un doctorando de la Universidad de Frankfurt que pasó el año académico 1979-80 de visita en UCLA, en un estudio específicamente diseñado para poner de manifiesto las minucias prácticas del trabajo en un laboratorio para estudiantes de química. El departamento de sociología de UCLA llegó a un acuerdo con el de química para que su doctorando trabajara como asistente de un estudiante parcialmente paralizado sirviéndole poco menos que de bracero para la realización de los ejercicios de laboratorio del curso de “análisis químico cuantitativo” en el que el segundo estaba matriculado. A cambio se permitió al sociólogo grabar en cinta de vídeo la realización de dos de las prácticas de laboratorio en las que asistió al estudiante de química discapacitado.

En su estudio sobre el material grabado, Schrecker destaca como fenómenos relevantes una serie, numerosa, de pequeños problemas con los que se iba topando a medida que avanzaba en su trabajo de materializar corporalmente las instrucciones paso-a-paso del manual de laboratorio tal como le eran comunicadas por el estudiante imposibilitado. Muchos de ellos eran problemas de carácter secuencial, esto es, el tipo de problemas que traduce la pregunta: “¿Qué hacer a continuación?” De hecho, allí donde el manual de laboratorio describía una “secuencia lineal de pasos discretos”, la obediencia in vivo e in situ de las instrucciones del manual “exigía” que varios de los pasos que teóricamente se organizaban según una secuencia temporal lineal habrían de ser realizados, en la práctica, de forma “simultánea” o, más exactamente según una secuencia “retrospectivo-prospectiva”. El hecho de “tener que hacer más de una cosa a la vez” obligaba a los aprendices de químico a inventar “ordenaciones que les permitieran interrumpir una secuencia coherente de pasos y cambiar a acciones de otra secuencia. Los estudiantes debían descubrir por sí mismos dónde eran practicables esas interrupciones en una secuencia y dónde los períodos de latencia proporcionaban “momentos” para las actividades alternativas.” (Lynch, Livingston y Garfinkel, 1995: 168, cursivas mías). Otro de los interesantes fenómenos de organización temporal del trabajo de laboratorio descubierto por Schrecker en su trabajo como “lazarillo” del estudiante de química discapacitado, tenía que ver con la gama de respuestas in vivo a la cuestión programática de “cómo hacer para volver sobre nuestros pasos cuando hemos detectado que algo ha ido mal”. Cada vez que era necesario resolver este problema los dos compañeros de laboratorio, como sostienen Lynch, Livingston y Garfinkel, se comportaban como “historiadores locales”:

“Las potencialmente vastas cadenas de actividades previas de cualquier secuencia eran susceptibles de ser acusadas como posibles fuentes de error. Hacíanse preguntas como “¿estaban los aparatos de cristal lo bastante limpios como para prevenir reacciones indeseadas con los componentes químicos subsecuentemente introducidos en ellos?”, “¿Añadir un “chorrito” de reactivo en lugar de una serie exactamente contada de gotas durante una secuencia previa de tritido tuvo algún efecto?” o “¿había alguna fuente oculta de error en medio de las acciones aparentemente adecuadas?”

(Lynch, Livingston y Garfinkel, 1995: 173-74)

Los informes de Schrecker ponen de manifiesto, entonces, que a diferencia de la “conjetura documentada” de Garfinkel y Sudnow sobre la temporalidad característica del trabajo de impartir clase en el aula (vgr. el carácter más o menos “terrorista” con el que son percibidos por el profesor los intentos llevados a cabo por los alumnos para tematizar el momento presente de la lección como objeto de la propia lección a través de la pregunta “¿Por dónde nos andamos?”), en el ambiente del trabajo de laboratorio la temporalidad característica del trabajo de descubrimiento científico consiste en una forma harto peculiar de leer una lista de instrucciones: la instrucción se obedece siempre sobre la base de los resultados obtenidos tras su cumplimiento. Justamente al contrario de lo que es específico del trabajo docente, la tematización del momento presente “salta a la vista” a cada momento durante el trabajo de descubrimiento, aunque, de nuevo, como la cosa más ordinaria, banal e inapelable del mundo.

4 Conclusión: la etnometodología y el nuevo espíritu del capitalismo

Para aquellos sociólogos, estadounidenses y europeos sin distinción, que viven confortablemente en la creencia de que de la explosión de un supuesto paradigma “estructural-funcionalista” previamente dominante surgió un hermoso y florido “archipiélago” de “ismos” sociológicos inconmensurables entre sí pero férreamente vinculados como parte de esa unidad de destino institucional en lo universal que sería “la sociología”, el nombre de Harold Garfinkel es, si conocido, lo cual es poco probable, sinónimo de “mesianismo descalabrado”: el primer, gran y casi único damnificado del fracaso sin paliativos de una pretendida “nueva ciencia social” de la que él se habría erigido en fundador y padrino absoluto y que fuera propuesta en su día como “alternativa radical” a la sociología “ortodoxa y oficial” en aquella larga y para muchos infausta primavera de la vida que fueran los años de “mediados de los 60”.

Pero resulta que el mundo, a diferencia de la imagen dominante que de sí se ha forjado la propia profesión sociológica, ha cambiado mucho desde entonces, y el proyecto etnometodológico -como el propio Garfinkel- sigue, contra todo pronóstico vivito y coleando. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que el carácter de su alma mater se halla hecho menos arisco con los años, ni tampoco que se halla hecho más cantabile su “ominosa” versión de la práctica sociológica. De hecho, en el segundo caso, más bien ha sucedido lo contrario: a la vista de sus formulaciones más recientes -aparecidas de manera infrecuente y harto dispersa en cuanto a sus medios de publicación durante las décadas de los 80 y los 90 y presentadas de un modo más insistente ya que no menos astroso en el ya citado libro *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*- puede decirse que el “programa de la etnometodología” que Garfinkel define ahora como un intento de recuperar “la sociedad ordinaria inmortal de Durkheim” como conjunto de hechos sociales reales, ha ganado a la vez en radicalismo (visto desde el punto de vista de la teoría social) y en banalidad, cuando se lo considera no como una “disciplina” de “investigación social empírica” -que no es en ningún caso- sino como lo que realmente es: una empresa estricta y ridículamente “práctica”, algo así como un curro

en sí y para sí que, dependiendo del espíritu científico y empresarial imperante en cada momento y lugar, puede o no llegar a ser factible en el mundo real (véase Izquierdo, en prensa).

Aunque, por lo que dicen los propios sociólogos que se ocupan de estas cosas, este inicio del siglo XXI, no es, ni con mucho, el peor momento para atreverse a vivir de este “cuento”. Así, por ejemplo, la profesora Lucy Suchman, una de los principales responsables del reciente revival, en la sociología y la antropología estadounidense y europea, del aparentemente superado y olvidado cisma etnometodológico de los años 60, ha conjeturado que la inesperada atención mediática que recibieron en EE.UU., a mediados de la década de 1990, una serie de oscuros proyectos académicos de descripción etnográfica fina del trabajo de diseño industrial, podría interpretarse como otro de los síntomas estratégicos de la astuta trans-mutación histórica llevada a cabo por la cultura materialista, cuyo síndrome más general (el “Capitalismo Artista”) ha sido diagnosticado recientemente por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Eve Chiapello:

“Al aparecer como figura protagonista en varios de estos reportajes periodísticos [sobre los antropólogos que trabajan para las empresas de alta tecnología] me quedé algo asustada al conocer detalles de las circunstancias específicas, aparentemente peculiares a través de las cuales yo y un pequeño número de colegas acabamos inmersos, durante los pasados veinte años, en una variedad de proyectos empresariales. El hecho de que estos reportajes periodísticos comenzaran a aparecer en la década de los 90, podría indicar que, por muy personales e idiosincráticos que puedan ser sus detalles, nuestras historias peculiares son también parte de una serie de tendencias más generales, cambios en las retóricas y en las prácticas de las corporaciones multinacionales a finales del siglo veinte.” (Suchman, 2001: 3)

Bibliografía

- Agré, P. (1997). *Computation and Human Experience*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (1998). “Hazards of Design: Ethnomethodology and the Ritual Order of Computing”, ponencia presentada en la *Conferencia Anual de la Asociación Americana de Sociología*, Sesión sobre “Etnometodología: estudios híbridos sobre el trabajo”, San Francisco, agosto.
- Ambrojo, J.C. (2003). “Las empresas de tecnología buscan en la antropología las claves para vender más”, *Ciberp@is*, 9 de enero, págs. 1 y 7.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.
- Burns, S. (1997). “Practicing Law: A study of Pedagogic Interchange in a Law School Classroom”, en: M. Travers y J. Manzo (eds.), *Law in Action. Ethnomethodological and Conversation Analytic Approaches to Law*, Aldershot, UK: Ashgate-Dartmouth, págs. 265-288.
- Cicourel, A.V. (1973). *Cognitive Sociology. Language and Meaning in Social Interaction*, Londres: Penguin.
- García Calvo, A. (1985). *Razón común*, edición crítica, ordenación, traducción y comen-

- tario de los restos del libro de Heráclito, Madrid: Lucina.
- Garfinkel, H. (1991). "Respecification: evidence for locally produced, naturally accountable phenomena of order", logic, reason, meaning, method, etc. in and as the essential haecceity of immortal ordinary society, (I) an announcement of studies", en: G. Button (ed.), *Ethnomethodology and the Human Sciences*, Cambridge (UK): Cambridge University Press, págs. 10-19.
- (1996). "Ethnomethodology's Program", en *Social Psychology*, 59, págs. 5-21.
- (2002a). *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*, Lanham (Maryland): Rowman and Littlefield.
- (2002b). "Sight impairment as a perspicuous setting", en: Garfinkel 2002a, págs. 212-216.
- (2002c). "A Study of the Work of Teaching Undergraduate Chemistry in Lecture Format", en: Garfinkel, 2002a, págs. 219-244.
- ed. (1986). *Ethnomethodological Studies of Work*, Londres: Routledge & Keegan Paul.
- Lynch, M. y Livingston, E. (1981). "The Work of a Discovering Science Constructed with Materials from the Optically Discovered Pulsar", en *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 131-58.
- Wieder, D.L. (1992). "Two Incommensurable, Asymmetrically Alternate Technologies of Social Analysis", en: G. Watson y R.M. Seiler (eds.), *Text in Context: Contributions to Ethnomethodology*, Newbury Park, CA: Sage, págs. 175-206.
- Gellner, E. (1975). "Ethnomethodology: the re-enchantment industry or the California way of subjectivity", en *Philosophy of the Social Sciences*, 5, págs. 431-450.
- Goodwin, C. (1995). "Seeing in Depth", en *Social Studies of Science*, 25 (2), págs. 237-274.
- Heidegger, M. (1971). *El ser y el tiempo* [1927], trad. castellana de J. Gaos, México DF: Fondo de Cultura Económica, (2ªed. revisada).
- Heritage, J. (1990). "Etnometodología", en: A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid: Alianza, págs. 290-350.
- Hutchins, E. (2001). "El aprendizaje de la navegación", en: J. Lave y S. Chaiklin, *Estudiar la práctica*, Buenos Aires: Amorrortu, págs. 49-77.
- Izquierdo, A.J. (en prensa). "Despertadores humorísticos: sobre algunos usos instructivos de la descripción sociológica" (*Revista Española de Sociología*).
- Lavin, D. y Maynard, D.W. (2002). "Standardization vs. Rapport: Respondent Laughter and Interviewer Reaction During Telephone Surveys", en: D.W. Maynard, H. Houtkoop-Steenstra, N. Schaeffer y J. van der Zouwen (eds.), *Standardization and Tacit Knowledge: Interaction and Practice in the Survey Interview*, Nueva York: Wiley, págs. 335-364.
- Lave, J. (1991). *La cognición en la práctica*, Barcelona: Paidós.
- Livingston, E. (1986). *The Ethnomethodological Foundations of Mathematics*, Londres: Routledge & Keegan Paul.
- Lynch, M. (1987). *Art and Artifact in Laboratory Science. A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory*, Londres: Routledge and Keegan Paul.
- (1993). *Scientific Practice and Ordinary Action. Ethnomethodology and Social Studies of Science*, Nueva York: Cambridge University Press.
- (1999). "Silence in Context: Ethnomethodology and Social Theory", en *Human Studies*, 22, págs. 211-233.

- Bogen, D. (1996). "Methodological Appendix: Postanalytic Ethnomethodology", en: Lynch y Bogen, *The Spectacle of History. Speech, Text and Memory in the Iran-contra Hearings*, Durham: Duke University Press, págs. 262-287.
- Livingston, E. y Garfinkel, H. (1995). "El orden temporal en el trabajo de laboratorio" [1983], en: J.M. Iranzo, R. Blanco, T. González de la Fé, C. Torres y A. Cotillo (coords), *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Madrid: CSIC, págs. 163-185.
- Mandelbrot, B. (1997). "Fractals in Finance Stage III", en Mandelbrot, B., *Fractals and Scaling in Finance*, Nueva York: Springer-Verlag, págs. 39-49.
- Maynard, D.W. y Schaeffer, N.C. (2000). "Toward a Sociology of Social Scientific Knowledge: Survey Research and Ethnomethodology's Asymmetric Alternates", en *Social Studies of Science*, junio, págs. 323-70.
- Mehan, H. (2001). "Un estudio de caso en la política de la representación", en: J. Lave y S. Chaiklin (eds.), *Estudiar la práctica*, Buenos Aires: Amorrortu, págs. 262-290.
- Rawls, A.W. (2002). "Editor's note", en: Garfinkel, 2002.
- Robillard, A. (1999). *Meaning of a Disability. The Living Experience of Disease*, Philadelphia (Penn.): Temple University Press.
- Ruskoff, D. (2001). *Coerción. Por qué hacemos casos a lo que nos dicen*, Barcelona: La Liebre de Marzo.
- Sacks, H. (2000). "Sobre muestreo y subjetividad" [1971], en: F. Díaz (comp.), *Sociologías de la situación*, Madrid: La Piqueta, págs. 85-94.
- Steiner, G. (1999). *Heidegger*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Suchman, L. (1987). *Plans and Situated Action. The Problem of Human-Machine Interaction*, Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- (1993). "Dispositifs de représentation: des lézards aux avions", en: P. Ladrière, P. Pharo y L. Quéré (dir.), *La théorie de l'action. Le sujet pratique en débat*, París: CNRS Editions, págs. 318-340.